

Héroes de paisano

JOSEP OTÓN

Tendemos a sentir admiración hacia los héroes. Tal vez sea porque soñamos ser como ellos; o bien, necesitamos que alguien nos rescate del tedio de lo cotidiano. Muchos santos han sido auténticos héroes. Han vivido la entrega, la abnegación, el sacrificio y la paciencia en un grado que los sitúa más allá del común de los mortales.

Pero la fuente de la santidad no siempre coincide con la de la heroicidad. Hay quien nace con cualidades excepcionales. Si son capaces de traducirlas con el utillaje de la estética, se convierten en artistas renombrados. Si son personas de acción, entran en la historia en la categoría de héroes.

Los santos también pueden estar dotados de talentos extraordinarios, realizar obras memorables y comprometerse en causas justas. Pero su santidad no radica en lo que son o hacen, sino en lo que se dejan hacer.

La santidad nos hace vislumbrar una dimensión de la vida que trasciende la vida misma. Implica dejarse alimentar por un manantial que nos desborda. Significa abrirse a un amor que supera los propios sentimientos. Hay santos cuya vida se confunde con la de los héroes. En su biografía no faltan episodios épicos. Su singular personalidad dejó una huella indeleble en el corazón de cuantos los conocieron. La Iglesia ha reconocido públicamente sus virtudes fuera de lo normal.

Pero también hay santos cuya existencia ha sido menos estridente. Han sido héroes anónimos de lo cotidiano. Tal vez no fueran perfectos. Sin embargo, su vida transparentaba otra Realidad. En la fiesta de Todos los Santos conmemoramos cómo en lo más íntimo de su corazón se abría de par en par una ventana al Infinito. *

